

LA ÉTICA DEL MURO DE HIERRO

Vladimir Ze'ev Jabotinsky

*Publicado originalmente en ruso, Rassviet (París), 11 de noviembre de 1923,
como continuación del artículo anterior.*

Reproducido en The Jewish Standard, Londres, 5 de septiembre de 1941.

I

Volvamos al Programa de Helsingfors. Como fui uno de sus redactores, no tengo ninguna inclinación a cuestionar la justicia de los principios que defiende. El programa garantiza la igualdad de ciudadanía y la autodeterminación nacional. Estoy firmemente convencido de que cualquier árbitro imparcial lo aceptaría como la base ideal para una convivencia pacífica y de buena vecindad entre dos naciones.

Pero es absurdo esperar que los árabes adopten la mentalidad de un árbitro imparcial, porque en este conflicto no son los jueces, sino una de las partes. Y al fin y al cabo, la pregunta central es si los árabes, aunque creyeran en la colaboración pacífica, aceptarían tener vecinos, por buenos que fuesen, en el país que consideran suyo. Ni siquiera quienes intentan conmovernos con frases grandilocuentes se atreverán a negar que la homogeneidad nacional es más conveniente que la diversidad. Entonces, ¿por qué una nación que está completamente satisfecha con su situación debería admitir a un número considerable de buenos vecinos? No quiero ni tu miel ni tu aguijón es una respuesta perfectamente razonable.

Pero más allá de esta dificultad fundamental, ¿por qué habrían los árabes de aceptar el Programa de Helsingfors, o cualquier otro programa para un Estado con población nacional mixta? Exigirlo es pedir lo imposible. La teoría de Springer no tiene más de treinta años. Y ninguna nación, por civilizada que sea, ha conseguido todavía aplicarla honestamente en la práctica. Ni siquiera los checos, bajo el liderazgo de Masaryk, el maestro de todos los autonomistas, pudieron o quisieron hacerlo.

Entre los árabes, ni siquiera sus intelectuales han oído hablar de esta teoría. Pero esos mismos intelectuales saben muy bien que las minorías sufren en todas partes: los cristianos en Turquía, los musulmanes en la India, los irlandeses bajo el dominio británico, los polacos y checos bajo el alemán, y ahora los alemanes bajo el polaco y el checo, y así hasta el infinito. De modo que hay que estar completamente embriagado de retórica para esperar que los árabes crean que los judíos, de entre todos los pueblos del mundo, serán los únicos capaces, o al menos con la honesta intención, de llevar a la práctica una idea que no ha funcionado en naciones con

mucha más autoridad.

Si insisto en este punto, no es porque desee que los judíos abandonen el Programa de Helsingfors como base de un futuro *modus vivendi*. Al contrario: nosotros, al menos el que escribe estas líneas, creemos en este programa tanto como creemos en nuestra capacidad de llevarlo a la práctica política, aunque todos los precedentes hayan fracasado. Pero por ahora no les sirve de nada a los árabes. No lo entenderían ni confiarían en sus principios: no serían capaces de apreciarlo.

II

Y puesto que no les sirve, también tiene que ser perjudicial. Es increíble la ingenuidad política de los judíos. Ignoramos una de las reglas más elementales de la vida: no hay que ceder ante quien no tiene ninguna intención de ceder.

En la antigua Rusia hubo un ejemplo típico de esto: una de las naciones oprimidas emprendió de manera concertada una cruzada contra los judíos, boicoteándolos y sometiéndolos a pogromos. Al mismo tiempo, esa nación luchaba por conseguir su propia autonomía, sin ocultar su intención de utilizarla para oprimir a los judíos peor que antes. Y sin embargo, políticos y escritores judíos, incluidos los nacionalistas judíos, se creían en el deber de apoyar los esfuerzos autonomistas de su enemigo, alegando que la autonomía es una causa sagrada. Es asombroso cómo los judíos consideramos nuestro deber ponernos firmes y aplaudir cada vez que suena La Marsellesa, aunque la esté tocando el mismísimo Amán mientras aplasta cabezas judías al ritmo de la música. Me contaron la historia de un hombre que era un demócrata ferviente y que, cada vez que oía La Marsellesa, se cuadraba como un soldado en formación. Una noche entraron ladrones en su casa y uno de ellos tocó La Marsellesa. Eso no es moralidad, es una estupidez.

La sociedad humana se funda en la reciprocidad. Si se elimina ese principio, el derecho se convierte en una mentira. Todo hombre que pasa frente a mi ventana tiene derecho a vivir solo en la medida en que reconoce mi derecho a vivir. Pero si está decidido a matarme, no puedo admitir que tenga ningún derecho. Lo mismo vale para las naciones. De lo contrario, el mundo se convertiría en una jungla de fieras donde no solo serían exterminados los débiles, sino también los que tienen algún escrúpulo.

El mundo debería ser un lugar de cooperación y buena voluntad mutua. Si hemos de vivir, que vivamos todos de la misma manera. Y si hemos de morir, que muramos todos de la misma manera.

Pero no existe moral ni ética alguna que conceda a un glotón el derecho a hartarse mientras otros mueren de hambre. Solo existe una moral posible: la de la

humanidad. Y en la práctica, en nuestro caso particular, se reduce a esto: si además del Programa de Helsingfors tuviéramos los bolsillos llenos de concesiones de todo tipo, incluida nuestra disposición a participar en una fantástica Federación Árabe de mar a mar, las negociaciones al respecto solo serían posibles si los árabes consintieran primero en la creación de una Palestina judía. Nuestros antepasados lo sabían muy bien. Y el Talmud cita una acción legal muy instructiva que viene directamente al caso.

Dos personas que caminan por la calle encuentran un trozo de tela. Una dice: lo encontré yo, es mío. Pero la otra dice: no es verdad, fui yo quien encontró la tela, y es mía. El juez ante quien recurren parte la tela en dos y cada uno se queda con la mitad. Pero hay otra versión de este caso. Solo uno de los dos reclamantes se mantiene firme; el otro, en cambio, ha decidido asombrar al mundo con su magnanimidad. Dice entonces: los dos encontramos la tela, así que solo pido la mitad, porque la otra mitad pertenece al señor B. Pero el señor B insiste en que fue él quien la encontró y que solo él tiene derecho a ella. En este caso, el Talmud recomienda un fallo sabio que resulta muy decepcionante para nuestro caballero magnánimo. El juez dice: sobre la mitad de la tela hay acuerdo. El señor A admite que pertenece al señor B. Por lo tanto, solo la segunda mitad está en disputa. Dividámosla en dos partes iguales. Así, el reclamante obstinado se queda con tres cuartas partes de la tela, y el caballero generoso solo con una cuarta parte. Y se lo merece. Está muy bien ser caballero, pero eso no es razón para ser un ingenuo. Nuestros antepasados lo sabían. Nosotros lo hemos olvidado. Deberíamos recordarlo.

Especialmente porque estamos en una posición muy desventajosa en esta cuestión de las concesiones. No podemos cederle mucho al nacionalismo árabe sin destruir el sionismo. No podemos renunciar al esfuerzo por lograr una mayoría judía en Palestina. Tampoco podemos permitir que los árabes controlen nuestra inmigración ni unirnos a ninguna federación árabe. Ni siquiera podemos apoyar al movimiento árabe, que actualmente nos es hostil, y por eso todos nosotros, incluidos los que hacen retórica proárabe, nos alegramos de cada derrota que sufre ese movimiento, no solo en la vecina Transjordania y Siria, sino incluso en Marruecos. Y esta situación continuará, porque no puede ser de otra manera, hasta que un día el muro de hierro obligue a los árabes a reconciliarse de una vez por todas con el sionismo.

III

Consideremos por un momento el punto de vista de quienes encuentran todo esto inmoral. Localicemos la raíz del mal en lo siguiente: estamos intentando colonizar un país contra la voluntad de su población, es decir, por la fuerza. Todo lo demás indeseable surge de esa raíz con una inevitabilidad absoluta. ¿Qué hacer entonces?

La salida más sencilla sería buscar otro país para colonizar. Uganda, por ejemplo. Pero si examinamos el asunto con detenimiento, descubriremos que allí existe el mismo problema. Uganda también tiene una población nativa que, consciente o inconscientemente, como en todos los demás casos de la historia, se resistirá a los colonizadores. Es cierto que esos nativos son negros. Pero eso no cambia lo esencial. Si es inmoral colonizar un país contra la voluntad de su población nativa, esa misma moral debe aplicarse por igual al hombre negro y al blanco. Es verdad que el negro quizá no esté lo suficientemente adelantado como para enviar delegaciones a Londres, pero pronto encontrará algunos amigos blancos bienintencionados que lo ilustrarán. Y si esos nativos resultaran ser completamente indefensos, como niños, la situación solo empeoraría. Porque si la colonización es invasión y robo, el peor crimen de todos sería robar a niños indefensos. En consecuencia, la colonización en Uganda también es inmoral, y la colonización en cualquier lugar del mundo, sea como sea que se llame, es inmoral. Ya no existen islas deshabitadas en el mundo. En cada oasis hay una población nativa establecida desde tiempo inmemorial, que no tolerará una mayoría inmigrante ni una invasión de forasteros. De modo que si existe algún pueblo sin tierra en el mundo, incluso su sueño de tener una patria debe ser un sueño inmoral. Quienes no poseen tierra deben permanecer sin ella por toda la eternidad. Toda la tierra ya está repartida. Punto: así lo ha dictado la moral.

Desde la perspectiva judía, esta moral resulta particularmente interesante. Se dice que somos quince millones de judíos dispersos por el mundo. La mitad de ellos son hoy literalmente indigentes, pobres y perseguidos. El número de árabes asciende a treinta y ocho millones. Habitan en Marruecos, Argelia, Túnez, Trípoli, Egipto, Siria, Arabia e Irak, una zona que, sin contar el desierto, equivale a media Europa. En esa vasta extensión, hay dieciséis árabes por kilómetro cuadrado. Vale recordar, a modo de comparación, que Sicilia tiene 352 habitantes por kilómetro cuadrado e Inglaterra 669. Y es aún más instructivo recordar que Palestina constituye aproximadamente una doscientésima parte de esa superficie.

Sin embargo, si los judíos sin hogar reclaman Palestina para sí, eso es inmoral porque perjudica a la población nativa. Esa moral puede ser aceptable entre caníbales, pero no en un mundo civilizado. La tierra no pertenece a quienes ya tienen demasiada, sino a quienes no tienen ninguna. Es un acto de simple justicia ceder parte de su territorio a aquellas naciones que figuran entre los grandes propietarios del mundo, para dar cobijo a un pueblo errante y sin hogar. Y si una nación tan poderosa y terrateniente se resiste, lo cual es completamente natural, deberá ser obligada a ceder por la fuerza. La justicia impuesta no deja de ser justicia. Esa es la única política árabe que consideraremos posible. En cuanto al acuerdo, ya tendremos tiempo de discutirlo más adelante.

Se esgrimen todo tipo de argumentos contra el sionismo: la democracia, el gobierno de la mayoría, la autodeterminación nacional. Esto significa que, dado que los árabes son hoy mayoría en Palestina, tienen derecho a la autodeterminación y pueden por tanto insistir en que Palestina siga siendo un país árabe. La democracia y la autodeterminación son principios sagrados, pero los principios sagrados, como el nombre de Dios, no deben usarse en vano para encubrir un fraude o justificar una injusticia. El principio de autodeterminación no significa que quien se ha adueñado de un territorio deba conservarlo para siempre, ni que quien ha sido expulsado por la fuerza de su tierra deba permanecer sin hogar eternamente.

La autodeterminación implica una revisión: una revisión de la distribución de la tierra entre las naciones, de modo que quienes tienen demasiada cedan parte de ella a quienes no tienen suficiente o no tienen nada, para que todos puedan ejercer su derecho a la autodeterminación en algún lugar. Ahora que todo el mundo civilizado ha reconocido que los judíos tienen derecho a regresar a Palestina, lo que significa que en principio también son ciudadanos y habitantes de Palestina, aunque hayan sido expulsados y su regreso deba ser un proceso largo, es un error argumentar que, mientras tanto, la población local tiene derecho a negarse a dejarlos volver a esa democracia. La democracia de Palestina está compuesta por dos grupos nacionales: el grupo local y el grupo de los expulsados. Y este segundo grupo es el más numeroso.